

El ocaso de un ciclo de hegemonía electoral y la perspectiva de polarización y fragmentación



Henry Oporto

FUNDACIÓN
VICENTE
PAZOS
KANKI
KANKI
PAZOS
VICENTE

**El ocaso de un ciclo de
hegemonía electoral y la
perspectiva de polarización
y fragmentación**

**-Contexto político y tendencias
electorales en Bolivia-**

Henry Oporto

**El ocaso de un ciclo de hegemonía electoral y la perspectiva de polarización
y fragmentación**

Edición: Fundación Pazos Kanki

Diseño y Diagramación: Omar Gabriel Hidalgo R.

La Paz, Bolivia 2022

Contenido

1. Introducción	7
2. Punto de quiebre	9
3. Polarización política, social y territorial	13
4. Una transición política tempestuosa	16
5. Los comicios del 18 de octubre de 2020	18
6. ¿Y la transición democrática?	23
7. El ciclo electoral 2005-2020	26
8. La configuración del mapa electoral	31
9. Los comicios subnacionales	36
10. Tendencias electorales	41
<i>Las “dos Bolívias”</i>	41
<i>Autocracia vs democracia</i>	45
<i>Fragmentación del voto</i>	46
11. Ocaso de un ciclo electoral	49

“Una de esas ideas preconcebidas es creer que el hecho de diagnosticar una tendencia evolutiva a largo plazo en el pasado implica automáticamente que se puede predecir que esta misma tendencia se perpetuará forzosa y automáticamente en el futuro”.

Norbert Elías.

(La cita viene del libro de Salvador Romero Ballivián: *Geografía Electoral de Bolivia*, FUNDEMOS-Fundación Hanns Seidel, 2003, p. 443.)

1. Introducción

Entre los años 2019 y 2020, Bolivia vivió dos comicios presidenciales, seguidos de la elección de gobiernos municipales y departamentales en 2021. Los resultados de esos procesos están asociados con cambios políticos de relevancia, y en muchos aspectos traumáticos para el país. Este trabajo propone una lectura de la evolución de la geografía electoral, con énfasis en el contexto sociopolítico y la coyuntura de transición política que Bolivia vivió durante esos dos años.

La hipótesis que ordena el trabajo es la presunción de que los eventos comiciales de 2019, 2020 y 2021 marcan el principio del fin del ciclo electoral de supremacía absoluta del MAS, que dio legitimidad al régimen de gobierno implantado por este partido a partir de 2006. Esta evolución electoral se nutre de tres principales fuentes: i) la consolidación de la división electoral del país alrededor de dos grandes bloques políticos y territoriales (las “dos Bolivias”); ii) el debilitamiento estructural de la convocatoria electoral del MAS, cada vez más concentrada en su base social tradicional y afirmada en el voto identitario, pero con un retroceso notorio en el voto urbano y de clases medias y de sectores populares emergentes, que se alinean preferentemente con opciones políticas opositoras al gobierno; iii) las luchas de

poder y liderazgo que socaban la unidad del MAS y erosionan los cimientos de su proyecto político.

Como resultado de tales fuerzas que redibujan el mapa electoral, toma vigor una tendencia de fragmentación del voto de los bolivianos y, con ello, un proceso de recomposición del sistema político. Un cambio fundamental en este nuevo escenario sería la transformación del MAS de eje central del sistema político en uno de los polos de la confrontación política dominante, pero con posibilidades cada vez menores de conservar el apoyo de una mayoría electoral absoluta, lo cual, por cierto, abriría la posibilidad de un mayor espacio para la competencia electoral y la lucha por el poder, favoreciendo el pluralismo político y quizá incluso la reconstrucción de las instituciones democráticas. En contrapartida, de imponerse estas tendencias, emerge como problema político sustantivo la conformación de mayorías electorales consistentes y, consecuentemente, la capacidad de los actores políticos de articular coaliciones interpartidarias y de gobierno que aseguren la gobernabilidad política, económica y social.

2. Punto de quiebre

Las elecciones generales del 20 de octubre 2019 pueden calificarse como un parteaguas en el ciclo electoral inaugurado en 2005, cuando arranca una era de supremacía electoral del Movimiento al Socialismo (MAS) que, a su vez, prohijó la instalación de un régimen de “autocracia electa”¹, con un sistema político con predominio de un partido y sin alternancia de gobierno.

Recuérdese que el cómputo preliminar de votos en los comicios de 2019 favoreció al candidato oficialista, Evo Morales, pero con una ventaja mínima sobre el opositor Carlos Mesa, e insuficiente, por tanto, para evitar un balotaje definitivo. Con casi el 84% de las actas escrutadas por el sistema de transmisión rápida de datos del Tribunal Supremo Electoral, Morales lograba un 45,7% frente al 37,8% de Carlos Mesa. Estos números obligaban a dirimir la presidencia en una elección de segundo turno, la cual probablemente habría inclinado la preferencia ciudadana al expresidente Carlos Mesa, candidato de la agrupación

1 La noción de “autocracia electa” alude a un tipo de régimen cuya legitimidad surge del voto popular, pero que funciona como un sistema absolutista de poder, que avasalla las instituciones y la autonomía de los poderes públicos y en el que las decisiones se caracterizan por la discrecionalidad y la falta de transparencia y control de la ciudadanía. Una descripción más amplia puede verse en mi libro *El cielo por asalto. Cinco ensayos breves sobre política boliviana*, Plural editores, 2009, Capítulo II.

Comunidad Ciudadana (CC), tal como lo anticipaban algunas encuestas.

Sin embargo, las irregularidades detectadas en la instancia final del escrutinio -que los partidos opositores denunciaron como un escandaloso fraude electoral-, precipitaron una crisis política de una intensidad comparable a la que Bolivia vivió en 1978, en los albores de la transición de la dictadura militar a la democracia. Las abrumadoras evidencias de fraude -corroboradas por las misiones de observación internacional del proceso eleccionario, principalmente de la Organización de Estados Americanos (OEA)- y la complicidad del Tribunal Supremo Electoral se transformarían en un golpe letal para la maltrecha y tambaleante presidencia de Evo Morales que debió enfrentar el rechazo y la resistencia movilizada de amplios sectores ciudadanos y cuyo gobierno no pudo doblegar con el uso de la fuerza. Finalmente, presionado por la incesante protesta social, Morales se vio forzado a renunciar al cargo de presidente, para luego abandonar el país con rumbo a México.

Los resultados de la fallida elección confirmaron la postura ciudadana contraria a la reelección de Evo Morales, que ya se había expresado en el Referendo Constitucional de 21 de febrero de 2016 (21F), cuando una mayoría del 51,3% de bolivianos recha-

zó un proyecto de reforma de la Constitución que pretendía habilitar a Morales para postular a un tercer período presidencial consecutivo².

Indudablemente, un resultado electoral y político que ni Evo Morales ni su partido esperaban y que luego no supieron cómo encajar en sus afanes prorroguistas. Lo cierto es que, desconociendo el veredicto de las urnas, el gobierno de Evo recurrió a una maniobra inconstitucional para conseguir, mediante un fallo del parcializado Tribunal Constitucional Plurinacional (TCP), ser habilitado para postular en las elecciones de octubre de 2019.

Una vez conseguido ese propósito, y conector de su mermado apoyo ciudadano y de la improbabilidad de repetir una victoria por mayoría absoluta de votos, tal como ocurriera en los comicios de 2005, 2009 y 2014, todo indica que para 2019 Evo Morales y su entorno político diseñaron una estrategia que les permitiese, al menos, ganar en primera vuelta obteniendo un 10% de diferencia sobre el segundo contendiente mejor colocado. A la vista de lo hechos que marcaron la votación en esos comi-

2 La Constitución de 2009 limita la reelección presidencial a dos períodos consecutivos. Evo Morales cumplió esos dos períodos entre los años 2009 y 2019, aunque en realidad su presidencia data del año 2006. Sin embargo, una curiosa interpretación de la Constitución determinó que a raíz del cambio constitucional votado el año 2009, esos primeros años de su presidencia no debían contabilizarse para la limitación de dos períodos consecutivos. El Referendo Constitucional de 2016 rechazó la posibilidad de eliminar esa restricción constitucional y establecer la prerrogativa de la reelección indefinida.

cios es posible que la alteración de los resultados formara parte de dicha estrategia. Sus artífices, sin embargo, subestimaron el poder de reacción, y no solo de las fuerzas políticas opositoras -que en rigor no fue mucha-, sino ante todo de un sector de la población indignado por el intento fraudulento de reelección presidencial y decidido a defender la alternancia de gobierno, como un principio básico del juego democrático.

Hay que decir que el movimiento antirreeleccionista ganó mucha fuerza con su rutilante victoria en el referendo del 21F de 2016. El sentimiento cívico se mantendría vivo en los siguientes tres años, animado por el activismo de los colectivos de ciudadanos (las llamadas “plataformas ciudadanas”) y de organizaciones cívicas y regionales, como también por la demanda de unidad de las fuerzas políticas opositoras, de cara a las elecciones de 2019, cosa que finalmente no ocurrió. En cambio, lo que sí sucedió es que muchos de los electores (incluso segmentos que antes habían votado al MAS, y que ahora rechazaban el afán prorroguista de Evo) optaron por respaldar y concentrar el voto “anti-Evo” en la fórmula que se perfilaba como la más “potable” de la oposición democrática: la candidatura del expresidente Carlos Mesa.

3. Polarización política, social y territorial

La indefinición del resultado de 2019, en una elección más cerrada de lo que muchos preveían, confirmó lo que el 21F había puesto de manifiesto: la división de la sociedad boliviana en dos opciones antagónicas; por un lado, la continuidad del régimen autocrático y corporativo, gestionado por el MAS con el liderazgo carismático de Evo Morales; y por otro, el retorno a un sistema de gobierno democrático liberal, con pluralismo político, Estado de derecho y reparto del poder, expresado principalmente en la candidatura de Carlos Mesa.

Detrás de la primera opción se alineaban las fuerzas sociales (campesinos, grupos indígenas, clases urbanas populares y una amplia gama de grupos sindicales) que conformaron el bloque de sustentación del llamado “proceso de cambio” y que, al menos hasta las elecciones de 2014, constituyó una clara mayoría electoral pero que, desde entonces, daba muestras de atonía y resquebrajamiento debido al desgaste natural del ejercicio gubernamental de muchos años ininterrumpidos y también por la acumulación de tensiones y demandas sociales que el fin del tiempo de bonanza económica puso al descubierto.

En el otro frente, y detrás de la reivindicación democrática y de una cierta idea republicana de Nación y de Estado, se alineaban los estratos (sobre todo urbanos, y de clase media) con aspiraciones de modernidad política, económica y cultural, y con un posicionamiento crítico a la gestión autoritaria y centralista del MAS y al que se identificaba cada vez más con corrupción y un sistema de privilegios en favor de funcionarios públicos y de sus aliados, los “movimientos sociales”, erigidos en la columna vertebral de la base política del régimen. Este bloque social receló tempranamente del “evismo” y sus políticas populistas y estatistas; en elecciones precedentes había votado contra el MAS, pero siendo una minoría electoral y relegada a ejercer como oposición casi testimonial e impotente frente al poder avasallador de un movimiento político que, en cada uno de los comicios nacionales, parecía revalidar su condición de mayoría absoluta.

Dicho de otro modo, durante el ciclo político de empoderamiento del MAS, el país se mostró escindido en dos bandos irreductibles y con pocos y frágiles puentes de comunicación y cohesión social. En todo caso, una polarización asimétrica, ya que el balance de fuerzas casi siempre favoreció a Evo Morales y su partido, y tan sólo atenuada por el hecho de que la propuesta electoral del MAS no alcanzó para imponerse en los departamentos de la

“media luna” y particularmente en Santa Cruz que se convirtió en el principal campo de resistencia al proyecto hegemónico del MAS.

La política boliviana transcurrió marcada por un conflicto regional entre el occidente, mayormente alineado con el régimen, y el oriente -incluida la sureña Tarija- básicamente desafecto y contradictor. En ese escenario de escisión territorial, la supremacía del MAS encontró fuertes barreras -hasta cierto punto infranqueables- en el voto opositor de las ciudades del oriente del país, pero sin que ello supusiera un serio peligro para la estabilidad del régimen.

Con ese telón de fondo, lo que pareció remover el mapa electoral entre el 21F y los comicios de 2019, fue el movimiento antirreeleccionista y anti-continuista que no dejó de crecer reclamando la democratización del poder político. Al influjo de esta corriente se iría articulando una coalición amplia y diversa de grupos sociales, políticos y regionales que se manifestaron y confluyeron en las calles y en las urnas, dando pruebas de una voluntad de lucha que no se veía desde hace mucho tiempo. Bolivia vivió su propia “primavera democrática”. Y la demostración más clara y entusiasta fue la revuelta ciudadana surgida espontáneamente en las ciudades y en otras localidades en abierto rechazo

al fraude electoral y que acabaría forzando la salida de Evo Morales del gobierno³.

4. Una transición política tempestuosa

La polarización no cesó con la caída de Evo Morales, apenas tuvo una breve pausa y se mantuvo resiliente durante el convulsionado proceso transicional. El gobierno provisorio de Jeanine Añez nació frágil y acabó extraviado y desacreditado. Ciertamente, no fue un gobierno representativo de la coalición político-cívica que derrotó en las calles el fraude electoral y que forzó el cambio político.

La concertación política en la Asamblea Legislativa, en los primeros dos meses, con lo que quedó en pie del MAS, sólo alcanzó para detener la violencia y normalizar temporalmente la vida del país. Así y todo, tuvo el mérito de viabilizar las leyes que encauzaron institucionalmente la transición y dieron curso a la convocatoria de nuevas elecciones presidenciales y parlamentarias.

Las visibles carencias políticas en el amorfo e inorgánico movimiento democrático y la ausencia de

³ Sobre este movimiento social y su protagonismo en las protestas que paralizaron el país, véase el libro de Robert Brockmann: *21 días de resistencia. La caída de Evo Morales*, Libros de Bolivia, 2020.

líderes fuertes y experimentados se reveló, desde un principio, como el hándicap de un proceso político sumamente intrincado y que lo que más necesitaba era diálogo, negociación, acuerdos y pactos políticos para sostener una transición ordenada y pacífica; más aún en las condiciones críticas de la pandemia del Covid-19 que puso al país “patas arriba” y desnudó las grandes falencias de una estructura estatal pobre, disfuncional e incompetente.

La presidente provisoria, Jeanine Añez, con más voluntad que aptitud de gobernante, no estuvo a la altura de la complejidad de los problemas que estallaron con la crisis sanitaria, social y económica que se hizo incontrolable. Por su propia y errónea decisión, lo que debió ser una presidencia imparcial que garantizara una elección transparente, se convirtió en una presidencia con afán continuista, al lanzarse ella misma al ruedo electoral, lo cual, como era de suponer, devino en un experimento fallido que complicó mucho más la ya tambaleante transición política.

Al final, todo ese clima político entreverado y lleno de incertidumbre acabó por favorecer la rearticulación de un MAS con ansias revanchistas y afianzado con su mayoría de dos tercios en el parlamento como un poder dual y beligerante y desplegando casi siempre una táctica de bloqueo permanente a

un Ejecutivo maniatado, cuya estabilidad apenas si pudo resistir la agitación en las calles de organizaciones sociales aliadas o afines al MAS. De este modo, con un gobierno atrapado dentro de una tenaza implacable, con su legitimidad erosionada y con brotes frecuentes de violencia, no sólo que la gobernabilidad del país se puso en entredicho sino incluso la misma transición, que llegó a verse seriamente amenazada.

5. Los comicios del 18 de octubre de 2020

Luego de dos sucesivas postergaciones, en una atmósfera de creciente beligerancia, el hecho de que las elecciones generales pudieran realizarse en forma pacífica y ordenada, como efectivamente ocurrió, bien podría considerarse un acontecimiento sorprendente, aunque no sería la primera vez. Es curioso, pero lo cierto es que la política boliviana ha pasado otras veces por circunstancias semejantes: cuando parecía que no habría forma de evitar la catástrofe, de pronto, y casi al borde del abismo, surgía alguna salida que lograba encauzar una solución política de último instante.

El sufragio del 18 de octubre de 2020 tiene esas connotaciones: como si testimoniara la voluntad de

los bolivianos de dirimir en las urnas un grave conflicto de poder y, con ello, reencaminar la vida institucional. También se puede decir que aquellos comicios parecieron exteriorizar el deseo de la gente de que la crisis socioeconómica pudiera resolverse en el marco del juego democrático y no por la implantación de un régimen de fuerza y autoritarismo secante.

Como fuere, el triunfo del MAS en las elecciones de octubre no fue del todo inesperado. De hecho, las encuestas anticiparon esa posibilidad, aunque ninguna acertó en la amplitud de la victoria con un porcentaje de 55,1% y, por tanto, con una ventaja holgada sobre el segundo, de algo más de 26 puntos, que además le confería el control absoluto de las dos cámaras legislativas, asegurándole un robusto respaldo parlamentario al nuevo Ejecutivo encabezado por Luis Arce Catacora. Quizá el mayor fracaso opositor haya sido, justamente, no haber podido impedir que el MAS retuviese el control del Poder Legislativo; de haberlo conseguido es muy probable que hubiera limitado el poder de este partido y actualmente estaría en una mejor posición para defender las libertades democráticas y las garantías constitucionales nuevamente amenazadas⁴.

4 En la Cámara Alta de 36 senadores, los escaños se han repartido de esta forma: MAS 21; Comunidad Ciudadana: 11; CREEMOS 4. En la Cámara Baja, con un total de 130 diputados, el MAS obtuvo 75; Comunidad Ciudadana 39; CREEMOS 16. Bien es verdad que el MAS ya no tiene dos tercios de los votos parlamentarios como en el período 2014-2019, sin embargo, su amplia mayoría le basta para aplicar el rodillo parlamentario y neutralizar la acción opositora.

Hay dos factores que podrían explicar dichos resultados: de un lado, la capacidad del MAS para compactar fuerzas y unificar sus filas detrás del binomio Luis Arce-David Choquehuanca (es la primera vez que el MAS concurre a una elección con un candidato distinto a su jefe y caudillo histórico: Evo Morales), le permitió recuperar mucho de su poderío electoral exhibido en ocasiones anteriores. La oposición, en cambio, se disgregó en varias candidaturas, ninguna de ellas suficientemente competitiva. Carlos Mesa, que un año antes consiguió concentrar el voto anti-Evo, esta vez no pudo repetir su desempeño, especialmente en la región de Santa Cruz, que en esta ocasión prefirió respaldar una candidatura cruceñista, la del exdirigente cívico Luis Fernando Camacho. Así, mientras que el MAS pudo presentar un frente unido y revitalizado, la oposición se dispersó y se enfrascó en sus propias rivalidades.

Sin embargo, esos dos elementos no alcanzan para dar cuenta del contundente triunfo masista. Un factor quizá más decisivo habría sido el impacto político y emocional de la emergencia sanitaria y económica desatada por el Covid 19, y también el fracaso del gobierno transitorio para lidiar con una crisis múltiple, y sin grave quebranto de la credibilidad, ya no únicamente de la presidente Añez, sino tal vez de todas las fuerzas políticas que impulsaron la transición política.

La eficacia del MAS consistió en posicionarse nuevamente como el defensor de sectores populares angustiados y desesperados y que no han dejado de acumular sentimientos de victimismo, exclusión y resentimiento -exacerbados en una coyuntura de crisis-; y desde luego, su habilidad para esgrimir un discurso de nostalgia por los años de crecimiento que le tocó administrar y usufructuar en la etapa previa a la debacle económica. La postulación de Luis Arce simbolizaba esta nostalgia, y probablemente también la ilusión de que un gobierno suyo pudiera encaminar una recuperación rápida, sin dolor ni sacrificios para el pueblo. El hecho es que el MAS ha conseguido recuperar el gobierno por la vía del voto popular y refrendando su condición de mayoría política y electoral.

Visto en perspectiva, esto significa que el movimiento de democratización del régimen político, que arrancó con la caída de Evo Morales, no halló cómo vencer la dura prueba de administrar una crisis multidimensional y de una polarización feroz. Quienes tomaron la representación y conducción de la transición, fallaron. En lugar de dar expresión política y electoral unitaria a esa amplia coalición de sectores sociales, generacionales y territoriales, que hizo posible el derrocamiento del MAS, más bien fueron presa del sectarismo, de personalismos, cálculos mezquinos, falta de visión

estratégica y, cómo no, de un proyecto democrático y de desarrollo superador del proyecto populista en su fase de declinación. Este, por su parte, y pese a sus graves tropiezos, ha demostrado que sigue siendo el gran referente de vastos estratos populares, incluidas ciertas capas medias populares y adineradas emergentes. Y, al menos por ahora, eso le ha bastado para ganar cómodamente una elección nacional frente a sus contendientes políticos e ideológicos.

Con todo, lo que no debe subestimarse son los retos difíciles del nuevo gobierno del MAS, en medio de una coyuntura compleja. De la magnitud de estos retos da cuenta el hecho mismo de que el MAS no fuera capaz de revalidar su arrolladora victoria del 18 de octubre de 2020, en los comicios subnacionales de marzo y abril de 2021, es decir, a escasos 5 meses de aquel primer evento. En efecto, si bien el MAS pudo retener la gran mayoría de alcaldías del país, perdió en seis de las nueve gobernaciones en disputa, y sufrió severas derrotas en las ciudades capitales, además de perder la ciudad de El Alto (su principal bastión urbano). Esos departamentos y municipios eligieron autoridades contrarias al MAS, incluso ex masistas como la alcaldesa alteña Eva Copa o el gobernador chuquisaqueño Damián Condori, entre otros.

Entonces, si el MAS y Luis Arce pensaron que el impulso de su exitosa performance electoral del año 2020 les daba una cómoda ventaja para hacerse con el poder territorial en los comicios subnacionales, ciertamente ello no ha ocurrido. Los resultados de estos últimos comicios, por el contrario, muestran un mayor reparto de poder, con muchas autoridades locales de distintos signos ideológicos, pero que, en muchos aspectos, comparten el recelo y desconfianza a la reconstitución de un poder autocrático y centralista, como el que signó la presidencia de Evo Morales. Desde ya, la presidencia de Luis Arce debe lidiar con estos nuevos factores de poder, y si bien ha dado señales de que no quiere o que le resulta muy incómodo cohabitar y colaborar con ellos, es posible que simplemente no tenga otra alternativa, así sea dentro de una relación conflictiva y tensionada, que, de hecho, es lo que se ha visto en los primeros dos años de su gestión gubernamental.

6. ¿Y la transición democrática?

La cuestión subyacente a los comicios de 2020 y 2021 plantea la discusión acerca de la naturaleza de la transición política y su futuro. Recuérdense que los acontecimientos de octubre y noviembre de 2019 tuvieron la connotación no sólo de un cambio de la titularidad del gobierno

sino también de un cambio de régimen político: desde uno de impronta autocrática y corporativa a otro de índole democrático pluralista y cuya cristalización debería transcurrir a través de la reconstrucción de las instituciones democráticas y del Estado de derecho. Es a esto a lo que se ha denominado una “transición democrática”.

La instalación del gobierno provisorio de Añez y la convocatoria inmediata a elecciones generales debían ser los primeros pasos de dicho proceso. Posteriormente, y ya bajo el comando de un nuevo gobierno y de un nuevo parlamento, elegidos en comicios transparentes, podrían abordarse otras reformas políticas e institucionales -como la ansiada reforma judicial- para echar los cimientos de un renovado sistema de gobierno con equilibrio de poderes, descentralización efectiva, vigencia plena de la Constitución, participación ciudadana, transparencia en la gestión pública, etc. El absolutismo de un partido debería dar paso a un sistema de partidos, de competencia democrática

y de alternancia de gobierno y donde no sólo se respetaría el juego legítimo de mayorías y minorías; también serían necesarios el diálogo y la práctica de negociación y concertación de los actores políticos en la resolución de los conflictos y diferencias y, en la medida de lo posible, en la construcción de gran-

des consensos y políticas de Estado después de varios años de políticas verticales y unilaterales.

Esta es la hoja de ruta inmersa en el concepto de transición democrática, pero con la dificultad intrínseca de que probablemente no todos los actores políticos adhieran y se comprometieran, sobre todo el MAS por el hecho obvio de haber ejercido el poder reteniendo con mano de hierro el aparato de Estado y siempre ávido por conquistar el poder total. Hoy en día la situación incierta de la política boliviana estriba en que el retorno del MAS al gobierno no solo ha puesto en entredicho esa hoja de ruta sino ha dado pie a una dinámica de regresión autoritaria y antirrepublicana. Y es que, en efecto, los primeros años de la presidencia de Luis Arce poco o nada se diferencian del estilo arrogante y de los abusos de poder del gobierno de Evo Morales.

Tiene sentido, entonces, preguntarnos si el movimiento democrático del verano de 2019 -a pesar de sus tropiezos y vicisitudes- mantiene una vitalidad latente y, por tanto, el potencial de rehacerse y de reencauzar el curso político actual. De ahí, también, el interés de este trabajo por escrutar y analizar los datos electorales de la última etapa. Quizá este ejercicio pueda aportar algunas pistas acerca de los rumbos por los cuales pueda discurrir la política boliviana en el futuro.

7. El ciclo electoral 2005-2020

En este punto nos enfocamos en la evolución del voto nacional durante seis procesos electorales consecutivos, entre los años 2005 y 2020, incluyendo la votación del Referendo Constitucional del 21 de febrero de 2016. La inclusión del 21F se justifica por tratarse de un evento sobre la habilitación de Evo Morales para postular a un tercer período presidencial consecutivo y que, por ello, adquirió contornos plebiscitarios sobre la continuidad o no de la presidencia de Morales.

CUADRO 1. RESULTADOS DE ELECCIONES PRESIDENCIALES 2005-2020

	Elecciones Presidenciales 18-D 2005	Elecciones Presidenciales 06-D 2009	Elecciones Presidenciales 12-O 2014	Referendum Constitucional 21-F 2016*	Elecciones Presidenciales 20-O 2019	Elecciones Presidenciales 18-O 2020
Válidos (N°)	5.747.602	4.562.786	5.171.428	5.228.652	6.137.778	6.159.211
MAS	53,7%	64,2%	61,4%	48,7%	47,1%	55,1%
Otros	46,3%	35,8%	38,6%	51,3%	52,9%	44,9%

* En el Referendum Constitucional del 21 de Febrero de 2016, la opción Sí equivale a apoyo al MAS

Fuente: elaboración propia con datos del OEP.

El ciclo electoral 2005-2020 se caracteriza por el predominio abrumador del MAS; que se impuso en 5 de los 6 sufragios nacionales (solo perdió el referéndum del 21F), y en esos 5 por mayoría absoluta o más, salvo en la elección de 2019. Un fenómeno así no se registraba en Bolivia desde los años de la Revolución Nacional, cuando el escenario político-

electoral estuvo dominado por el protagonismo excluyente del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

Evo Morales tiene el récord de la presidencia más larga en la historia de Bolivia con 14 años continuos. La hegemonía del MAS da cuenta de la implantación de un sistema político con predominio absoluto de un partido y en el que los demás partidos quedan relegados a un papel periférico y sin chance de participar del gobierno nacional (no ha sido el caso de los gobiernos departamentales y municipales, donde el escenario prevaleciente ha sido de mayor pluralismo, especialmente en las grandes ciudades). Naturalmente, este rasgo del sistema político se correlaciona con un tipo de régimen de gobierno con fuerte concentración del poder y que deja muy poco espacio al pluralismo político.

En contrapartida a la omnipresencia del partido de Morales, resalta la volatilidad de los actores políticos que han rivalizado con el MAS en las urnas. De hecho, las siglas y las alianzas no se han repetido y tampoco las candidaturas, con pocas excepciones; lo que marca un claro contraste con la constancia del MAS y su sempiterno candidato presidencial (hasta los comicios de 2019). La inconsistencia en el campo de la oposición habla por sí misma de sus dificultades y traspies en el intento de estructurar

una fuerza política de envergadura, electoralmente competitiva y con opción real de poder.

CUADRO 2. EVOLUCIÓN DE LA VOTACIÓN PRESIDENCIAL EN ELECCIONES GENERALES

	Elecciones generales 18/12/2005	Elecciones generales 6/12/2009	Elecciones generales 12/10/014	Referendo Constitucional 21/02/2016	Elecciones generales 20/2019	Elecciones generales 18/10/2020
MAS	53,7%	64,2%	61,4%		47,1%	55,1%
PODEMOS	28,6%					
UN	7,8%	5,7%				
MNR	6,5%					
PPB-CN		26,5%				
AS		2,3%				
UD			24,2%			
PDC			9,0%		8,8%	
CC					36,5%	28,8%
BDN					4,2%	
CREEMOS						14,1%
FPV						1,5%
SI				48,70%		
NO				51,30%		
Otros Partidos	3,4%	1,3%	5,4%		3,4%	0,5%

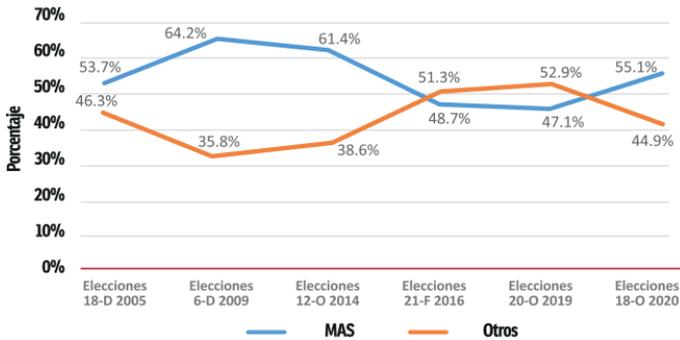
Fuente: elaboración propia con datos del OEP.

Los datos anteriores muestran un punto de quiebre con las elecciones de 2019, e incluso antes, con el 21F. Hasta entonces, la supremacía del MAS fue indiscutible. Justamente, por ello, esos dos eventos sugieren un momento de inflexión en la trayectoria del ciclo electoral que 2005-2020.

Aproximadamente 550.000 personas que en diciembre de 2014 apoyaron al MAS, en 2016 (el 21F),

restaron su apoyo al intento reeleccionista de Evo Morales. El rechazo a la re-postulación de Evo deriva en un cambio de tendencia en el comportamiento electoral de los bolivianos, que luego se confirmará con los resultados de las elecciones del 20 de octubre de 2019⁵, cuando el MAS no tan solo que no pudo repetir su categórica primacía, sino que incluso pudo perder esos comicios de no mediar la ocurrencia del fraude que impidió la definición en segunda vuelta. La declinación del MAS en los eventos electorales de 2016 y 2019 es notoria, lo que parece anticipar el final de un ciclo político y eleccionario en Bolivia.

GRÁFICO 1. EVOLUCIÓN DEL VOTO DESDE 2005 A 2020



Fuente: elaboración propia con datos del OEP.

⁵ En esta ocasión (2019), el MAS registra una caída de casi 290 mil votos válidos con respecto a su votación de 2014, pero sobre un total de votos válidos superior en algo más de 920.000 a los votos válidos totales de 5 años antes. Esto último podría explicar que la pérdida de votos por parte del MAS en los comicios de 2019 con relación al 2014, resulte siendo menor a los votos que perdiera el 21F.

Con este telón fondo, tal vez pueda entenderse mejor la inusitada reacción social ante las evidencias de fraude electoral en octubre de 2019, cuya responsabilidad fue directamente atribuida a Evo Morales, agravando mucho más su ya deteriorada imagen personal. Ciertamente, para entonces la legitimidad del movimiento antirreeleccionista había ganado mucha fuerza y su expresión electoral fue, justamente, la alta votación del expresidente Carlos Mesa que lo habilitaba a disputar con ventaja aparente el balotaje. En una atmósfera de mucha crispación, la denuncia de fraude fue la chispa que incendió el país con la “revolución de las pititas”.

Pero como la historia no siempre se mueve linealmente, las turbulentas elecciones del 18 octubre de 2020 dieron un giro inesperado al proceso político. Los datos de la última votación son concluyentes: el MAS supera en 8 puntos su votación de 2019 y vuelve a imponerse en primera vuelta por amplia mayoría (55,1% de votos) con una diferencia holgada de 26 puntos sobre Comunidad Ciudadana. Carlos Mesa no pudo repetir su votación de un año atrás, quedando relegado a un magro 28,8% de votos.

La duda que se plantea es si esa recuperación de votos por parte de la candidatura presidencial del MAS supone la continuación del ciclo elector-

rio inaugurado en 2005 y, con ello, la prosecución de su supremacía en la política nacional o si, por lo contrario, es apenas un episodio asociado mucho más con las condiciones excepcionales de la última contienda. Para poder encontrar respuestas a esta cuestión es preciso que ahondemos en las tendencias del voto de los bolivianos, sus facetas de continuidad y de cambio. Es lo que intentamos seguidamente.

8. La configuración del mapa electoral

El punto de partida es revisar la composición de las votaciones del MAS y de los otros partidos, para luego examinar los cambios producidos a lo largo del curso electoral 2005-2020. Un criterio es desagregar la votación por estratos poblacionales: por ejemplo, el voto de las capitales, de ciudades intermedias, de pueblos y área rural⁶; esta es una forma de estratificar la composición del electorado nacional. Para simplificar el análisis, agrupamos los votos favorables a otros partidos en la categoría “Otros”, lo que permite trabajar con una relación bipolar. El resultado de este ejercicio se observa en el Cuadro 3.

6 De acuerdo con una categorización utilizada por el INE: “Área Rural”, son localidades con menos de 2.000 habitantes; “Pueblos”, de 2.000 a 20.000 habitantes; “Ciudades Intermedias”, poblaciones por encima de los 20.000 habitantes y que no son capitales de departamento.

CUADRO 3. VOTO POR ESTRATO POBLACIONAL A NIVEL NACIONAL

	2009	2014	2016	2019	2020
CAPITALES					
MAS	49%	48%	36%	33%	38%
Otros	51%	52%	64%	67%	62%
EL ALTO					
MAS	87%	72%	58%	55%	77%
Otros	13%	28%	42%	45%	23%
CIUDADES INTERMEDIAS					
MAS	58%	59%	47%	46%	54%
Otros	42%	41%	53%	54%	46%
PUEBLOS					
MAS	72%	70%	53%	54%	64%
Otros	28%	30%	44%	46%	36%
ÁREA RURAL					
MAS	86%	84%	71%	68%	80%
Otros	14%	16%	29%	32%	20%

Fuente: elaboración propia con datos del OEP.

La votación que el MAS logra en Área Rural, en Pueblos y en Ciudades Intermedias es muy alta. En su mejor momento (2009-2014) alcanzó el 80% o más del total de la votación⁷ del área rural; dos tercios en pueblos; mientras que, en ciudades intermedias, superaron fácilmente más de la mitad del escrutinio, acercándose al 60%. Otro caso extraordinario es la ciudad de El Alto, que votó continua y

⁷ Este porcentaje es la suma de votos en todas las localidades comprendidas como Área Rural, lo cual no debe sorprender puesto que abundan los sitios en los que la votación del MAS es del 100% de los votos válidos, tanto en elecciones nacionales como subnacionales.

masivamente a su favor (87% en 2009; 72% en 2014). Queda entonces muy claro que todos estos lugares son los grandes bastiones electorales del MAS, lo cual no sucede con las ciudades capitales que, más bien, han tendido a repartir sus preferencias entre varios partidos y candidatos (la votación de las 9 capitales constituye alrededor del 45% de la votación nacional).

Esto quiere decir que la agregación de los votos del mundo rural (Área Rural y Pueblos), de ciudades intermedias provinciales y de la populosa población alteña, suma aproximadamente el 55% de la votación nacional, es lo que explica en gran medida la supremacía del MAS en elecciones nacionales. Hay que subrayar el papel de los votos de El Alto, que representan una décima parte del total nacional. Dado el peso demográfico de esta ciudad, sin una votación tan masiva al MAS, difícilmente este partido podría ganar por mayoría absoluta de votos, y menos aún por más de dos tercios como sí ocurrió en los eventos de 2009 y 2014; es el voto alteño el que inclina la balanza hacia el MAS, en elecciones nacionales, y el que marca una diferencia notable con respecto al comportamiento electoral de las grandes ciudades del país.

Desde esta línea de base se aprecia mejor que la caída de la votación del MAS en los eventos del

21F y del 2019 se dio en todos los estratos poblacionales. Comparando los resultados de 2019 con los de 2014, las diferencias son importantes: -15% en capitales; -17% en El Alto; -15% en ciudades intermedias y -16% en pueblos y área rural. Sin embargo, debido a su peso poblacional, ha sido la disminución de la votación masista en las capitales y en El Alto, el fenómeno de mayor impacto.

En cambio, en las elecciones de 2020 el MAS rescata votos en todos los estratos poblacionales, aunque sin llegar a repetir sus porcentajes de votación de 2014, salvo en la ciudad de El Alto donde incrementa sus votos en 5 puntos (ver Cuadro 3). Este dato corrobora la importancia crucial de los votos alteños en la votación nacional del partido de Evo. En las capitales, el MAS incrementa algunos puntos con respecto a sus magros resultados de 2016 y 2019, pero no le alcanzó para modificar la trayectoria general y estructural del voto ciudadano, que evidentemente, se inclina mayoritariamente por candidatos de oposición prácticamente desde el comienzo del ciclo electoral en 2005.

Uno de los ejes de polarización en la política boliviana (especialmente en los primeros años de la presidencia de Morales, cuando el debate sobre las autonomías territoriales ocupó un primer plano y fue motivo de grandes tensiones políticas y regiona-

les) ha tenido como protagonistas a las regiones, divididas entre Occidente y Oriente (llamado por algunos como “media luna”). El ejercicio de agrupar los votos de los nueve departamentos del país en esas dos grandes regiones: Occidente (La Paz, Cochabamba, Oruro, Potosí y Chuquisaca) y Oriente (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija) muestra con claridad las tendencias contrapuestas.

CUADRO 4. VOTACIÓN REGIONAL DE OCCIDENTE Y DE ORIENTE

	2005	2009	2014	2016	2019	2020
Occidente (LP, OR, PT, CH, CBBA)						
Válidos	3,975,958	2,960,628	3,250,619	3,343,165	3,772,984	3,840,923
MAS	64%	75%	68%	53%	53%	65%
Otros	36%	25%	51%	47%	47%	35%
Oriente (SCZ, BN, PND, TR)						
Válidos	1,771,644	1,501,783	1,760,769	1,808,445	2,163,058	2,155,479
MAS	31%	42%	49%	40%	36%	37%
Otros	69%	58%	51%	60%	64%	63%

Fuente: elaboración propia con datos del OEP.

En las elecciones de 2005, 2009 y 2014, el MAS mantuvo un dominio abrumador en la región de Occidente, mientras que en los eventos de 2016 y 2019, se notó una declinación; empero, en los últimos comicios de 2020 volvió a dar pruebas indudables de su fortaleza en los departamentos andinos, consiguiendo dos de cada tres votos válidos. También se puede ver que al MAS le cuesta mucho incrementar su votación en los departamentos orientales y en el sur tarijeño.

La inclinación mayoritaria de esta otra parte del país por candidatos o partidos opositores se manifiesta como una tendencia consolidada, que, por cierto, pone límites a la hegemonía política y electoral masista.

En el margen del presente trabajo no es posible desagregar mucho más la información electoral, de manera de mostrar las diferencias locales específicas y otras particularidades del comportamiento electoral en cada uno de los estratos poblacionales aquí considerados, diferencias que obviamente existen e incluso pueden ser relevantes⁸.

9. Los comicios subnacionales

Para completar una visión panorámica de la geografía electoral del país, es preciso prestar atención a las tendencias del voto en comicios subnacionales. Aquí tomamos en cuenta los sufragios departamentales y municipales de 2015 y 2021.

Una singularidad de estos comicios es que se llevan a cabo con escasa diferencia de tiempo de las elecciones presidenciales y parlamentarias y por lo

⁸ Para una lectura más detallada de los resultados y comportamientos electorales, véase el último libro de Salvador Romero Ballivián: *El ciclo electoral boliviano 2020-2021. De la crisis de 2019 a los comicios de 2021*. Friedrich Ebert Stiftung, 2022.

cual la influencia de estas últimas en los resultados subnacionales suele ser significativa; quienes diseñaron el calendario eleccionario probablemente buscaron este efecto. De hecho, el ciclo electoral 2005-2021 tiene también esta otra característica, que es la superioridad del MAS, tanto en elecciones nacionales como en las departamentales y municipales, aunque en estas últimas de forma menos concluyente. Así, por ejemplo, en los comicios del 12 de octubre de 2014, cuando Evo Morales postuló a un tercer mandato presidencial, el candidato gobernante obtuvo el 61% de votos, venciendo en 8 de los 9 departamentos (en 7 de ellos por mayoría absoluta). Sin embargo, pocos meses después, en los comicios subnacionales del 29 de marzo de 2015, sus electores para gobernadores se redujeron en casi 20 puntos, y los de sus candidatos a alcaldes no llegaron al 40%. Así y todo, el MAS ganó 6 de las 9 gobernaciones y 227 de las 336 alcaldías en juego. El mapa territorial se tiñó de azul.

**CUADRO 5. COMPARACIÓN DE LAS ELECCIONES GENERALES 2014
Y ELECCIONES SUBNACIONALES 2015**

	Elecciones Presidenciales 12-O 2014	Elecciones subnacionales 29-M 2015: Gobernador	Elecciones subnacionales 29-M 2015: Alcalde
Válidos (N°)	5.011.388	4.568.976	4.755.136
MAS	61,0%	41,8%	38,9%
Otros	39,0%	58,2%	61,1%

Fuente: elaboración propia con datos del OEP.

En términos generales, los resultados de las últimas elecciones de 2020 y 2021 (Cuadro 6) no muestran grandes variaciones respecto de los comicios 2014 y 2015: el MAS gana la elección presidencial del 18 de octubre de 2020 con el 55,1% de votos, mientras que sus votaciones para gobernadores y alcaldes (en los comicios del 7 de mayo de 2021) son mucho menores con relación a su escrutinio nacional. Así, conserva su amplio predominio en el ámbito municipal, ganando 240 de las 336 alcaldías (en 19 municipios con el 100% de votos válidos)⁹, aunque con un notorio retroceso en las principales ciudades del país, que votaron por candidatos y agrupaciones políticas opositores al MAS.

CUADRO 6. COMPARACIÓN DE LAS ELECCIONES GENERALES 2020 Y ELECCIONES SUBNACIONALES 2021

	Elecciones Presidenciales 18-0 2020	Elecciones subnacionales 7-M 2021: Gobernador	Elecciones subnacionales 7-M 2021: Alcalde
Válidos (N°)	5.996.402	5.559.427	5.699.632
MAS	54.7%	42.5%	33.1%
Otros	45.3%	57.5%	66.9%

Fuente: elaboración propia con datos del OEP.

Evidentemente, en la elección presidencial de 2020, el MAS mejora su desempeño respecto de 2019 en

9 Al respecto, es muy elocuente el reportaje del periodista Jorge H. Quispe, titulado "Nazacara y Huachacalla: el MAS ganó con 100% por voto comunal y oposición nula". La explicación de este inusual resultado residiría en que la "imposición comunal -a través de reuniones previas en las que los usos y costumbres definen por quién votará el pueblo-, el temor a inscribir candidatos que no sean oficialistas y la ausencia de la oposición política conformaron el terreno para que el MAS ganara con el 100% de votos en localidades como Nazacara de Pacajes en La Paz y Huachacalla, en Oruro, entre muchas otras localidades. (Página Siete, 31/05/2021).

8 puntos, no obstante, en las elecciones subnacionales de 2021 sus números no suben en la misma proporción e, incluso, muestran fracasos importantes en las principales ciudades y en varias gobernaciones. El MAS pierde las alcaldías de 7 de las 9 capitales (únicamente gana en Sucre y Oruro, y con ventajas mínimas), además de perder la alcaldía de El Alto, a manos de su ex correligionaria Eva Copa (encabezando una fórmula de “masistas rebeldes”). También pierde en 6 de las 9 gobernaciones de departamentos (4 en segunda vuelta).

Dado el clima político de la última elección de autoridades locales, de una gran euforia en las filas del MAS y en el gobierno de Luis Arce, que recién acababa de ganar por mayoría absoluta la votación presidencial y parlamentaria, probablemente no muchos observadores políticos habrían esperado un resultado tan adverso. Desde luego, se sabe que en comicios subnacionales intervienen factores locales que no son homologables a los criterios que priman en elecciones nacionales; por ejemplo, que las preferencias de los ciudadanos pueden relieves otras virtudes o cualidades de los candidatos. Indudablemente, el espacio de la política local posee sus propias peculiaridades y ello se trasunta, entre otras cosas, en la enorme cantidad de agrupaciones y siglas que participan en los comicios locales y sin un nexo directo con los partidos o coaliciones nacionales.

Estas cuestiones explican en parte la dificultad del MAS de irradiar su hegemonía en toda la geografía nacional, a pesar de ser la única fuerza política con presencia y organización a lo largo y ancho del territorio boliviano, lo que también se refleja en el altísimo número de gobiernos municipales que retiene bajo su control partidista y que tendrán la ventaja de un apoyo inestimable del aparato gubernamental. No obstante, no pasa desapercibido el duro revés que el MAS ha sufrido en la última elección de gobernadores y alcaldes, en unos casos por cuenta de disidentes masistas y, en otros, de conocidas figuras políticas opositoras al gobierno, como Luis Fernando Camacho en Santa Cruz, Manfred Reyes Villa en Cochabamba, Iván Arias en La Paz, Oscar Montes en Tarija e incluso el mismo Jhonny Fernández, nuevo alcalde cruceño.

Lo más importante de relieves es el significado político de tales resultados, que consiste en el mayor equilibrio de poder en el ámbito de las entidades territoriales y también entre el gobierno nacional y los gobiernos subnacionales. Singularmente, lo que los opositores al MAS no consiguieron en la elección general de octubre 2020, sí pudieron lograrlo en los departamentos y municipios, aunque no sea a través de una coalición definida. A pesar de sus diferencias políticas, las autoridades locales coinciden en su crítica al régimen autocrático y centralista del MAS y

quizá también en la necesidad de hacer causa común en el trabajo de sus administraciones. Como fuere, importa subrayar la incidencia de los datos subnacionales en la reconfiguración del mapa electoral boliviano.

10. Tendencias electorales

La perspectiva comparada nos ha permitido observar la trayectoria del ciclo electoral 2005-2021. Esta información nos sirve ahora para valorar y subrayar las tendencias del comportamiento electoral de los bolivianos. Veamos:

Las “dos Bolivias”

Lo primero a destacar es la relativa estabilidad del comportamiento electoral¹⁰. A lo largo del ciclo eleccionario 2005 y 2021, se consolidó una suerte de dualidad nacional en la distribución territorial de los votos y también en el perfil sociológico de los votantes.

- a) De un lado, la supremacía electoral del MAS y su fuerte arraigo en tierras andinas, en pueblos

¹⁰ Salvador Romero, *Ibid.*, p. 101, remarca este rasgo de continuidad electoral, expresado sobre todo en los porcentajes del MAS, muy similares entre 2005 y 2020: 53,7% de votos, en 2005, y 55,1% en 2020.

rurales y poblaciones provinciales, además del masivo apoyo de las clases bajas y zonas populares y periféricas de las ciudades y especialmente de la urbe aymara de El Alto como su principal reducto electoral ciudadano. Son lugares y estratos sociales en los cuales prevalece el voto comunitario e identitario, reforzado por la presión desde el Estado y desde los sindicatos y gremios aliados al partido gobernante, y en donde el espacio para el pluralismo político y la competencia electoral es limitado, incluso inexistente en muchísimos casos, al menos en comicios nacionales en los que el MAS es un protagonista excluyente.

Se puede decir que el éxito político y electoral del partido azul se ha edificado sobre estos cimientos y su innegable habilidad para armar una coalición popular amplia, sobre todo mediante la fusión de sus estructuras partidistas con organizaciones gremiales y sindicales y una vasta red de cooptación clientelar desde el Estado¹¹. Este bloque social se ha mantenido en el tiempo, aunque con fisuras que se van ensanchando.

11 Romero observa que la evolución estructural del voto masista y también su extensión en la geografía nacional sería "una evolución común en los partidos con una larga permanencia en el poder, constatada también en otros contextos". *Ibid.*, p. 102.

- b) De forma menos orgánica, también se ha ido afirmando un segundo bloque socio-geográfico a partir de la votación de las ciudades y de enclaves rurales, y en particular de las capas medias urbanas, más educadas e informadas e integradas en la economía formal y con comportamientos más individuales; sectores que se alinean con formaciones políticas, cívicas y candidaturas adversas al MAS y que adhieren a una perspectiva de desarrollo democrático, modernización económica y descentralización estatal. En la articulación de este conglomerado de fuerzas es indudable la centralidad de Santa Cruz y su afirmación como una región de mayoritaria resistencia y contención al avance supremacista del MAS, principalmente desde la férrea defensa de su autonomía como entidad política y territorial.

Ello no significa, sin embargo, que el comportamiento de los bolivianos hubiese sido invariable en todos esos años del ciclo electoral. De hecho, no lo ha sido. Las votaciones del 21F en octubre de 2019 y de las subnacionales de 2021, registran cambios en las preferencias ciudadanas, como consecuencia de lo cual es perceptible el debilitamiento de la convocatoria electoral del MAS, aunque todavía no lo suficiente como para impedir que vuelva a ganar una elección, incluso sin Evo como abanderado, que es lo que ha sucedido en la

última contienda presidencial. De cualquier manera, esos eventos han puesto de relieve que cuando los comicios son competitivos, el MAS es vulnerable y puede ser derrotado¹².

Esto mismo permite entender que la disputa electoral se extienda ya no solo a los distritos donde la oposición al MAS exhibe mayor vigor (las ciudades y las regiones de la “medialuna”), sino también a reductos tradicionales del masismo en provincias y centros urbanos como El Alto, especialmente por cuenta de candidatos social o culturalmente emparentados. Los datos de las elecciones subnacionales son muy elocuentes en ese sentido y todo indica que, en el ámbito local y regional, el predominio del MAS está amenazado¹³.

12 El debilitamiento urbano y ante todo capitalino de la votación del MAS, es un aspecto que Romero enfatiza en su último trabajo, constatando que, si bien sigue siendo una fuerza relevante apoyada por los sectores menos favorecidos, ya no es una fuerza victoriosa, debido a su declinación en los barrios de capas medias o con movilidad social ascendente. “Esos grupos -afirma- se han alejado, críticos con las credenciales democráticas de la organización y sintiéndose poco incluidos en el proyecto masista, en el cual la prioridad de la identidad indígena es percibida como estigmatizante y excluyente de las otras”, *Ibid.*, p. 103.

13 Así lo ha admitido Álvaro García Linera, que ha hablado de la “fragmentación del campo popular”. “No basta ahora, como era antes, que el MAS te apoye. Antes el MAS te apoyaba y ganabas, ahora no es suficiente, porque hoy lo popular se está diversificando, ... hoy lo popular tiene varias cabezas a nivel regional” (Página Siete, 13/04/2021). Es posible que AGL estuviera pensando no solo en los candidatos y grupos que le ganaron al MAS, sino también en la lucha de fracciones dentro del MAS.

Con relación a los resultados nacionales, ya sabemos que la fórmula ganadora del MAS ha sido siempre la suma de los votos masivos del mundo rural, de las provincias y de la ciudad de El Alto, esta última de un peso gravitante; sin embargo, los escrutinios del 21F y de la elección general de 2019, han mostrado disminuciones en ciertas franjas de estos territorios que constituyen el núcleo central de su base electoral. Consecuentemente, para el partido azul es absolutamente decisivo preservar la lealtad y el apoyo en altísimos porcentajes de sus electores tradicionales. Y, a la inversa, si la oposición al MAS pretende ganarle una elección nacional, tendrá que ser capaz de penetrar y dividir los territorios masistas.

Autocracia vs democracia

Los cambios en la orientación política de varias regiones del país tienen que ver, aunque no exclusivamente, con la incidencia del principal foco de división política y polarización ideológica en el país, que es el conflicto entre autocracia y democracia. Si bien los factores de tensión social son muchos más, algunos muy complejos sobre todo en circunstancias de crisis económica, es evidente la centralidad del conflicto en torno a la naturaleza del sistema político y de gobierno que los bolivianos quieren. Es en este contexto donde la figura de Evo

Morales adquiere prominencia, ya que nadie como él encarna los rasgos de un poder de corte autocrático, populista y corporativo y, consiguientemente, nadie polariza tanto la opinión de los bolivianos entre “evistas y antievistas” y, por extensión, entre “masistas y antimasistas”.

El conflicto político e ideológico tiene un asidero territorial y sociológico: con las regiones andinas y clases bajas y populares que respaldan la continuidad del régimen implantado por el MAS, y con las ciudades y los electores urbanos y de clase media que mayoritariamente se inclinan por cambiar el régimen político y económico y favorecen una democracia liberal, pluralista e inclusiva. Este tipo de contradicción, tal como ha quedado demostrado en los comicios más recientes, tiene el potencial de redibujar el mapa electoral y de generar nuevos alineamientos políticos, sociales y territoriales. Quizás el MAS no sea inmune a ello.

Fragmentación del voto

La tendencia de fragmentación del voto de los bolivianos fue advertida por Salvador Romero en su estudio sobre la geografía electoral boliviana¹⁴. Romero evidenció la manera cómo los grandes partidos que comandaron la transición de la dictadura

14 Salvador Romero Ballivián: *Geografía electoral de Bolivia*, Fundemos, 2003.

militar a la democracia (MNR, ADN y MIR) fueron perdiendo sucesivamente capacidad de concentrar el voto, hasta prácticamente desaparecer del escenario político, y sin que una nueva generación de partidos y líderes (algunos herederos de los otros) pudieran llenar ese vacío, hasta que la vertiginosa irrupción del MAS pudo revertir esa dinámica de fragmentación, consiguiendo afirmarse como el gran instrumento político de los sectores populares y conformar una nueva mayoría social y electoral en Bolivia.

No obstante, y tras su dilatada permanencia en el poder, el propio MAS parece haber ingresado en una fase de declinación -probablemente- inexorable. Reflejo de ello son las luchas de poder que han estallado en su seno, como no había ocurrido antes y que, por cierto, ponen en tela de juicio su cohesión como referente del campo popular y de la izquierda nacionalista y revolucionaria. Por cierto, la grieta que se percibe en las filas del MAS recuerda la historia divisiva del MNR en los años 60 y siguientes, con las rivalidades de sus caudillos y facciones que desmembraron al movimientismo. De cualquier manera, la aparición de corrientes al interior del MAS emerge como un aspecto novedoso del proceso político y, en verdad, no sabemos de la sagacidad de su gente para gestionar este desafío sin poner en grave peligro su unidad partidaria.

En la evolución del proceso político y electoral la tendencia de fragmentación está presente y quizá con vigor renovado, alimentada por la política de identidad que ha ganado mucho terreno¹⁵. Desde ya, la disgregación en el campo de las fuerzas democráticas es un hecho objetivo. Y ahora podría serlo en el otro lado de la polaridad política (el MAS), si se profundizan las pugnas internas en este partido y se acrecientan las fuerzas centrífugas en su entorno de irradiación política. Desde luego que la fragmentación, y ante todo el pluralismo que es intrínseco a la democracia, no siempre son fuerzas negativas en el desarrollo político de una nación. Incluso suelen ser propicias para la democratiza-

15 Fukuyama apunta que la política de identidad es la lucha por el reconocimiento de la dignidad y que esta fuerza ha estado presente a lo largo de la historia humana como un motor de cambios, pero también advierte la amenaza que representa la defensa cerrada de ciertas identidades colectivas basadas en la raza, la etnia, la religión, la cultura o el género, que tiende a fracturar la sociedad en grupos más reducidos y en movimientos identitarios y excluyentes, imposibilitando construir identidades más amplias e integradoras como la identidad nacional y sin la cual el camino del desarrollo y el consenso sobre la legitimidad del sistema político del país se tornan mucho más difíciles o simplemente imposibles. También enfatiza que las demandas de identidad son difícilmente negociables, porque se centran en la victimización y el resentimiento, lo cual refuerza la polarización e impide la deliberación y la acción colectiva de la sociedad en su conjunto. En Bolivia, y de la mano del MAS, hemos asistido al auge de un movimiento indigenista con un sentido de pertenencia excluyente y que en buena medida es responsable de la enorme grieta que se ha abierto en el país. Más recientemente ha tomado impulso un movimiento de identidad cruceñista, representando principalmente por la agrupación Creemos y candidatura del actual gobernador de Santa Cruz, Luis Fernando Camacho, que aparece, al menos en parte, como una respuesta al etnonacionalismo del MAS, y que aspira a constituir una alternativa política afincada en el discurso regional. Sobre las ideas de Francis Fukuyama, véase, *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, Ediciones DEUSTO, 2019.

ción de un sistema político y estatal verticalista y despótico. El problema radica en la atomización y debilitamiento extremo de la representación política, que es un fenómeno que sobreviene en ausencia de instituciones sólidas y un orden de legalidad que puedan regular y prevenir el desborde anárquico del conflicto social y a falta de una cultura de diálogo, negociación y pactos, tal como lo es la situación boliviana del presente.

11. Ocaso de un ciclo electoral

A la luz de las reflexiones previas es forzoso preguntarnos si estamos en el ocaso de un ciclo electoral, el ciclo de supremacía del MAS, basado en un liderazgo identitario y mesiánico y en la implantación de un movimiento político etnonacionalista imbricado con una extensa red de organizaciones gremiales y corporativas. Posiblemente haya quienes piensen que esta pregunta es absurda habida cuenta que el MAS ha revalidado su mayoría electoral. No obstante, si se toma en cuenta los efectos de la crisis económica y social desencadenada por la pandemia y del deterioro evidente del modelo de crecimiento implantado por el gobierno del MAS y considerando, además, sus votaciones adversas en la elección general de 2019 y en los comicios subnacio-

nales de 2021 (que han atenuado en algún grado el impacto de su sonada victoria de 2020), la discusión sobre la declinación del poderío electoral masista no es antojadiza ni está fuera de lugar.

De hecho, el entorno nacional no es el mismo de comienzos de mediados de los años 2000 y mucho menos del momento de mayor esplendor y apogeo del MAS. Se diría, incluso, que el proceso político se mueve hacia un horizonte de inestabilidad y mayor incertidumbre y en el que probablemente será cada más difícil vencer por amplias mayorías y luego conservarlas y también más fácil perderlas. La degradación de los partidos y líderes políticos es una realidad comprobable en todas partes del mundo. Bolivia no es una excepción a esta regla, máxime sí, como es evidente, hay realidades que menoscaban la supremacía electoral que el MAS tuvo en su día.

Desde ya, una importante diferencia entre estas distintas facetas de la trayectoria del proceso político es de índole anímico-política. En los años pasados, cuando el MAS se proyectaba como una fuerza ascendente, prevalecía un clima de optimismo y confianza, aún en capas medias y altas que parecían dispuestas a valorar positivamente los cambios sociales de esos años, o tan siquiera la estabilidad política que impuso el nuevo régimen,

como un entorno favorable para la estabilidad económica. Esa etapa de optimismo parece haber desaparecido. Lo que queda es el desaliento y la ansiedad frente a una situación de muchas privaciones y sufrimientos, como ha sido la emergencia sanitaria y social de la pandemia y prolongada en alguna medida por los tropiezos de la recuperación económica y el deterioro en las condiciones de vida¹⁶. Y si hay algo que esta atmósfera negativa general es pesimismo y malestar social; un malhumor colectivo que fácilmente puede trastocarse en protesta y rebeldía. Enojadas con el mundo, las personas suelen irritarse especialmente con lo que está más cerca, el gobierno, independientemente de sus aciertos y errores. Así ha sucedido otras veces en el pasado y puede repetirse ahora.

Naturalmente, de este panorama social enrarecido no se puede extrapolar comportamientos electorales determinados; desde ya, no existen cursos históricos inexorables. Lo que sí hay son posibilidades abiertas, diferentes, incluso contrapuestas, y todas dependen de las circunstancias y otros condicionamientos múltiples.

¹⁶ El estudio de la Fundación Milenio sobre el estado de la economía boliviana pone de manifiesto la debilidad que arrastra la economía nacional y sus dificultades para reponerse del colapso sufrido en 2020, lo que se traduce en pérdida de ingresos, crecimiento del empleo informal, deterioro de los servicios públicos y aumento de los indicadores de pobreza y desigualdad. Véase, *Informe de Milenio sobre la economía de Bolivia, 2022*, No 44 (fundación-milenio.org). Las proyecciones de crecimiento del FMI, Banco Mundial y CEPAL para este año y los siguientes, corroboran una tendencia de estancamiento económico y social.

Se ha visto, por ejemplo, que en el electorado que vota al MAS, hay segmentos que pueden trasvasar sus preferencias de un evento a otro, según sus percepciones de la realidad nacional o regional y de lo que está en juego en cada momento. Y es que el juego electoral no siempre es una contienda entre bloques sociales o coaliciones cerradas, sin fisuras y sin posibilidades de intercambios. Si fuera así, la política estaría congelada, que no es el caso. Al contrario, es propio del proceso político experimentar mutaciones que, a su vez, modifican las opiniones de la gente y también las actitudes electorales, al influjo de las circunstancias concretas que toca vivir. Justamente es lo que le ha ocurrido a la base electoral del MAS, aún en sus principales bastiones.

Pero tampoco puede subestimarse la influencia del poder político sobre los comportamientos ciudadanos, o al menos, sobre las condiciones que los rodean y determinan. Esto ha ocurrido durante el ciclo electoral analizado. Y lo saben muy bien los gobernantes con ínfulas autocráticas, y tal vez por eso ya se observan aprestos de reeditar la captura de los órganos electorales, revirtiendo lo ganado en cuanto a la institucionalización e independencia del sistema electoral. Sería un error, por tanto, desestimar un nuevo quiebre autoritario y el probable retorno a un juego político sin reglas ni garantías de transparencia y libre competencia electoral y, más

propicio, para una forma remozada de autocracia electa, que surge y se legitima en las urnas, pero que no gobierna democráticamente.

Con todo, insisto en ello, se me antoja que el futuro político del país es un proceso abierto y con marcada incertidumbre, donde los factores de estabilidad y de cambio interactúan en tensión constante y quizá más cercanos con la volatilidad y la imprevisibilidad de los acontecimientos.

Entre 2019 y 2020 Bolivia vivió dos comicios presidenciales, seguidos de la elección de gobiernos municipales y departamentales en 2021. Los resultados de estos eventos están asociados con cambios políticos de relevancia.

El ensayo de Henry Oporto analiza la evolución de la geografía electoral, con énfasis en el contexto sociopolítico y la coyuntura de transición política que Bolivia vivió durante esos años.

La cuestión que se plantea es si estamos en el final del ciclo electoral de supremacía absoluta del MAS, y ante la irrupción de un escenario de fragmentación e incertidumbre en el cual será más difícil vencer por amplias mayorías y luego conservarlas y también más fácil perderlas.

